

# Existencia y representación política en el maestro

## Existence and political representation in the teacher

[Artículo de investigación]

Felipe Cárdenas Támara<sup>1</sup>

Recibido: 23/08/2023

Aceptado: 16/11/2023

Citar como:

Cárdenas Támara, F. (2024). Existencia y representación política en el maestro. *Revista Albertus Magnus*, 15(1), 7-30.

<https://doi.org/10.15332/25005413.10416>



### Resumen

El documento busca introducir la problematización sobre la representación política, situando elementos de orden existencial en la vida de los maestros. En la sección titulada *Buscando la memoria de la representación política de los maestros*, se desarrolla la idea de la memoria con algunas referencias al magisterio de la Iglesia Católica en pronunciamientos sobre la labor de los maestros y la educación. La siguiente sección, titulada *Cotidianidad educativa y sentidos soteriológicos*, pretende darle continuidad al problema de la memoria y de la representación política y existencial del maestro desde un anclaje patristico, inspirado evocativamente en la obra del doctor de la Iglesia San Máximo el Confesor. La última parte y las conclusiones sitúan el problema y el propósito de la necesaria inclusión de formas narrativas que permitan, de verdad, emancipar al hombre del yugo de Leviatán. El trabajo se aventura en los terrenos de la exploración mediante símbolos que han sido erosionados por la modernidad. Delinea una arqueología del saber sobre elementos del saber educativo desde una concepción cristiana que hoy resulta ajena para muchos espíritus modernos, dada la crisis y catástrofe metafísica que marca nuestra experiencia educativa posmoderna y neoliberal, muy ajena incluso a la mentalidad libertaria de nuestros maestros de escuela, como Fernando González,

---

<sup>1</sup> Universidad de La Sabana, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: [felipe.cardenas@unisabana.edu.co](mailto:felipe.cardenas@unisabana.edu.co); ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3804-8961>; CvLac: [http://scienti.colciencias.gov.co:8081/cvlac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod\\_rh=0000150266](http://scienti.colciencias.gov.co:8081/cvlac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0000150266)

y cuyo epígrafe, plasmado en el año de 1941 en su libro *El maestro de escuela*, nos ha servido para introducir este documento.

**Palabras clave:** representación, maestro, política, memoria, educación.

## Abstract

The document seeks to introduce the problematization of political representation, placing elements of existential order in the lives of teachers. In the section, titled: Searching for the memory of the political representation of teachers, the idea of memory is developed with some references to the teaching of the Catholic Church in statements about the work of teachers and education. The following section entitled Educational everyday life and soteriological meanings aims to give continuity to the problem of memory and the political and existential representation of the teacher from a patristic anchor evocatively inspired by the work of the doctor of the church, Saint Maximus the Confessor. The last part and the conclusions situate the problem and the purpose of the necessary inclusion of narrative forms that truly allow man to emancipate himself from the yoke of Leviathan. The work ventures into the realms of exploration through symbols that have been eroded by modernity. It outlines an archeology of knowledge about elements of educational knowledge from a Christian conception that today is foreign to many modern spirits given the metaphysical crisis and catastrophe that marks our post-modern and neoliberal educational experience, very foreign even to the libertarian mentality of our school teachers. like Fernando González, and whose epigraph captured in the year 1941 in his book *The School Teacher* has served us to introduce this document.

**Key words:** representation, teacher, politics, memory, education.

## Introducción

“Su atención, por favor”: palabras usuales en un maestro que denotan uno de los fines centrales de la educación (prestar atención y captar la atención de sus estudiantes), puesto que, sin estas condiciones, —educar y aprender no tienen sentido—. Este ensayo pretende clarificar y problematizar el sentido de la representación política que tiene el maestro en el escenario del aula, en la institución educativa y en la sociedad. Lo consideramos un problema de sentido fundamental, dadas las proyecciones ontológicas que tiene un maestro y que buscaremos delinear y presentar en el territorio y paisaje de este escrito, que pretende navegar por el “misterio” de una profesión fundamental para todas las sociedades contemporáneas. La pregunta de investigación es: ¿a quién representa el maestro en lo político? La clarificación sobre la representación política que se tiene del maestro y que el maestro tiene de sí mismo no puede eludir el contexto

de la modernidad, cuyas marcas culturales están significadas por la lógica cartesiana y el carácter dualista que le otorgamos a la realidad en términos de la separación cuerpo-espíritu, cultura-naturaleza, mente-cuerpo, etc. La relación política del maestro está emparentada con el surgimiento y evolución del Estado moderno, así como con la constitución de los sistemas de escolaridad en los llamados países occidentales (*cfr.* Voegelin, 2006).

El texto se construye en referencia a una crítica sobre la primacía del discurso racionalista, objetivista y mercantilista que sigue marcando la forma de expresión de buena parte de nuestros *papers académicos* y de nuestra visión *estatalizada* de la realidad, la cual debe situarse en el contexto de la llamada experiencia universitaria neoliberal, muy preocupada hoy por las competencias, el rendimiento económico y la estandarización de la producción intelectual, en contravía de los profundos sentidos humanistas que marcaron el surgimiento de la universidad (Véase Urcioli, 2018).

## **El problema de la representación política del maestro**

La pregunta sobre el sentido de la representación política del maestro surgió a partir de una de mis sesiones de clase en la maestría de Educación de la Universidad de La Sabana. En el seminario *Estado, Educación y Desarrollo*, generalmente se reflexiona sobre algunos aspectos del papel del Estado en la educación. En una de las sesiones, le pregunté a los estudiantes: ¿A quién representa el maestro? ¿Qué es lo que yo, como maestro, represento en este momento? La idea era generar una discusión sobre el sentido de lo político en el campo de la educación. Con algunas insinuaciones de mi parte, el grupo de estudiantes, unánimemente y después de cierto tiempo, respondió que el maestro representaba al Estado. Admito que esa era la respuesta que yo esperaba y que, dentro de la lógica educativa prevaleciente, se espera de los maestros insertos en sistemas de escolaridad públicos. Pasados unos días y reflexionando una mañana en mi casa sobre las respuestas dadas, a la luz de mi concepción del mundo, me pareció tremendamente desfiguradora dicha respuesta sobre la representación del maestro; considero que esa concepción se distanciaba de una noción más profunda que connota un símbolo mucho más pleno del verdadero sentido que representa la figura del maestro. Eso es lo que trataré de demostrar en este ensayo: la vinculación del maestro con un símbolo e idea-fuerza mucho más poderosos que la del Estado.

Toda sociedad y cultura ha expresado, expresa y expresará el significado de la educación como los contenidos vitales que el maestro, la sociedad y las instituciones, como organizaciones educativas, tienen que proyectar en dicha

sociedad. En efecto, el acto educativo desborda las propias responsabilidades del maestro, siendo la educación un proceso dinámico que no está limitado exclusivamente al proceso de transmisión de contenidos educativos que deben ser aprendidos por unos aprendices. Es decir, toda la realidad enseña y el ser humano vive una vida con sentido que desborda lo meramente biológico. Podemos hacer historia y estamos atravesados por la historia. Yo puedo aprender de otros con solo observarlos en sus oficios y quehaceres. Puedo aprender de la realidad y proyectar introspectivamente, con base en la experiencia, lo que la realidad, en toda su complejidad, me está enseñando.

Ahora, el oficio de maestro no es tan sencillo como lo estamos expresando. La lucidez de George Steiner nos advierte del riesgo de la idealización, de la cual nos es difícil apartarnos cuando queremos argumentar sobre “las verdades subyacentes a esta profesión” (Steiner, 2011). Para Steiner, en su trabajo titulado *Lecciones de los maestros* (2011), donde evoca a la figura arquetípica de ellos — Sócrates, Platón, Virgilio, san Agustín, Dante, Husserl, Heidegger y Jesús y sus apóstoles—, dicha profesión está marcada por “complejas raíces religiosas e ideológicas”. El oficio de maestro, como intentaremos demostrar en este trabajo, inspirado en una concepción cristiana, no puede eludir el dato soteriológico de la revelación de Dios en la historia si quiere proyectar el despliegue espiritual de la comunidad educativa y reconocer igualmente la fuerza del mal y sus estrategias en el ámbito escolar y en el trayecto biográfico de todos. En palabras de Steiner (2011):

La profesión del profesor —este mismo un término algo opaco— abarca todos los matices imaginables desde una vida rutinaria y desencantada hasta un elevado sentido de la vocación. Comprende numerosas tipologías que van desde el pedagogo destructor de almas, hasta el Maestro carismático.

Si retomamos los sentidos etimológicos de la palabra educación, vamos a encontrar varias ideas-fuerza y un profundo potencial semántico<sup>2</sup>. Veamos: para la civilización occidental, etimológicamente, la educación, palabra derivada de *educatio* (crianza, entrenamiento, educación), se entiende como enseñanza en el sentido de proyectar la acción y efecto de desarrollar las facultades intelectuales y morales. El verbo *educare* se entiende como vinculado a las acciones de nutrir, criar y educar. Otro verbo derivado e inspirador es *educere* que se entiende como guiar, exportar y extraer. Se afirma que el prefijo *ex* indica hacia afuera y está asociado a la raíz indoeuropea *eghs*, que a su vez está presente en el prefijo griego *ek-ex*, presente en las palabras *exclipse*, *eclético*, *exorcizar* y *exodonte*. El verbo

---

<sup>2</sup> Tomado de Etimología de Educación. En: <http://etimologias.dechile.net/>

*ducere* está relacionado con la raíz indoeuropea *deud* que se entiende como guiar y arrastrar. Así los humanos estamos marcados y definidos por la educación, nuestras vidas pueden ser entendidas como partículas educativas que guían de manera activa nuestras vidas y las vidas de otros, incluidos los no-humanos. En ese sentido, ninguna sociedad o cultura, en sus procesos educativos, tiene por propósito explícito formar tontos, charlatanes o desadaptados, ni mucho menos analfabetas sociales y emocionales; pero la paradoja es que la institucionalización de la escuela en la configuración civilizatoria del modo de producción capitalista no le permite siempre al educando aprender la cultura ni lo que es la vida (Moreno, 2003).

La educación, como demostrará este texto, en la figura del maestro, desborda los sentidos lexicográficos de cualquier diccionario, manual o enciclopedia que nos hable de educación. Consideramos que es pertinente la reflexión sobre si existen las circunstancias sociales actuales donde pareciera que la misión primordial de la escuela y los agentes responsables de la formación de las nuevas sociedades se interesan únicamente por formar, no seres humanos capaces de dar lo mejor en una actitud generosa de donación, sino entes competitivos para el mercado, el consumo y el capitalismo deshumanizante. Esta realidad se ve reflejada en la crisis de valores puesta en escena en la doble moral de nuestros líderes políticos, religiosos y, ¿por qué no?, familiares. La familia, cuna de la formación, también se encuentra en cuidados intensivos.

La figura del maestro, como problema de sentido, ontológico y político, tiene que comprenderse desde instancias históricas y antropológicas. No basta con decir que el maestro es el representante de todas las instancias políticas existentes en una sociedad. Desde una comprensión de esta naturaleza, el maestro o la maestra representaría al Estado, al sindicato, al dueño del colegio privado, a los padres de familia, a los niños o al propio gremio. Una concepción de esta índole expresa el eclecticismo ético y moral de los tiempos que vivimos y tiene el riesgo de contaminar ideológicamente la labor y el trabajo de la profesión. Los problemas de la representación política definen el núcleo de la indagación en ciencia política, y dicha indagación no se puede comprender sin la articulación histórica del hombre en sociedad (Voegelin, 2006, p. 41). Así pues, cada maestro, al igual que cada institución educativa, está relacionado históricamente, pero dicha articulación no agota los problemas de la representación política, ya que en la figura del hombre existen constantes o estructuras fundamentales en el sentido platónico y aristotélico que, metafísicamente, deben considerarse como atemporales; como, por ejemplo, la vida del espíritu, que en su realidad vital no puede ser reducida a condiciones exclusivamente biológicas, orgánicas o incluso culturales. El anterior enunciado se ha olvidado por los estados totalitarios y

autoritarios que buscan la instrumentalización de la educación en aras de unos propósitos particulares, ya sean económicos (el estado neoliberal), de clase (el estado marxista) o burocráticos.

En el fondo de la trama cultural, toda sociedad puede intuir, a través de sus mitologías o de su pensamiento mítico-poético, que las fuentes de su existencia devienen de una verdad trascendente que desborda los sentidos políticos del partido, de la clase, del Estado o de las mismas condiciones económicas. El hombre está en capacidad de buscar la verdad. Los grandes maestros de la historia, específicamente Jesús, han proyectado sus enseñanzas a dimensiones que desbordan los sentidos políticos y electorales con los que se reduce la noción de la representación política y la existencia humana. No se pueden desconocer las realidades biológicas y materiales en el hombre, pero la tensión fundamental del dato antropológico vislumbra la posibilidad real del despliegue espiritual; es decir, hay espacio para la realidad de lo trascendente, del reconocimiento de los lenguajes divinos como expresión fundamental de la educación. El hombre es un ser en relación consigo mismo, con el otro y, por lo tanto, con la realidad social y el Estado. Esa verdad se expresa en la vida familiar, social, cultural y política como una experiencia de orden diferenciada, cuya vitalidad no se puede captar plenamente, tal como lo afirmaba M. Sciacca (1961) desde hace más de cinco décadas, ni desde el cientificismo sociológico ni desde el positivismo lógico de las ciencias sociales. De manera concreta, los escenarios principales construidos como trayectos biográficos y organizacionales que marcan la vida de los sistemas escolares y de sus actores están resumidos en las siguientes condiciones existenciales identificadas por Steiner (2011):

Hay maestros que han destruido a sus discípulos psicológicamente y en algunos casos físicamente; han quebrantado su espíritu, han consumido sus esperanzas, se han aprovechado de su dependencia y de su individualidad. El ámbito del alma tiene sus vampiros. Como contrapunto, ha habido discípulos, pupilos y aprendices que han tergiversado, traicionado y destruido a sus maestros... La tercera categoría es la del intercambio, el eros de la mutua confianza e incluso amor “el discípulo amado de la Última Cena”. En un proceso de interrelación, de osmosis, el maestro aprende de su discípulo cuando le enseña. La intensidad del diálogo genera amistad en el sentido más elevado de la palabra. Puede incluir tanto la clarividencia como la sinrazón del amor.

El maestro en la civilización occidental está sujeto al símbolo político más importante de esta sociedad de raíces judeocristianas: su trabajo y su ser están sujetos a la representación política de la imagen y representación del hombre como *imago Dei*. Lo he afirmado en diversas oportunidades; la noción-realidad de *imago Dei* es el símbolo político más importante de la tradición civilizatoria

occidental (Cárdenas, 2010; 2013). Su sentido está fundamentado en el libro del Génesis de la Biblia, que afirma: “Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Gn. 1:27). Por lo tanto, la identidad del maestro, en su núcleo identitario, tiene que estar en tensión con los principios y valores de la tradición cristiana y sus verdades soteriológicas. En este punto, concuerdan la iglesia católica romana, las iglesias ortodoxas y los movimientos protestantes. El propósito de este ensayo será demostrar de manera preliminar la tesis mencionada. La siguiente cita del papa Juan Pablo II subraya la importancia del propósito de este texto elaborado para los maestros; la cita nos sitúa en el contexto de una línea de trabajo que tiene soportes teóricos diversos y documentos valiosos emanados del magisterio de la iglesia católica, cuyos escritos y línea de trabajo son responsabilidad de la Congregación para la Educación Católica:

la función de los maestros constituye un verdadero apostolado . . . y a la vez un verdadero servicio prestado a la sociedad” (*Gravissimum Educationis*, 8), Con razón, pues, la Sagrada Congregación para la Educación Católica ha emanado recientemente un documento titulado *El laico católico, testigo de la fe en la escuela*, cuya lectura os recomiendo, porque os podrá servir de gran ayuda. (Juan Pablo II, 1983)

En sintonía con lo planteado en la cita anterior, cabe resaltar que todo proceso formativo debe servir al maestro para trascender la esfera del conocimiento cognitivo. Es así como el maestro, amando su vocación, debe servir de faro y guía para que sus discípulos encuentren el camino correcto que los lleve a la realización integral y a alcanzar la felicidad en su proyecto de vida, en todas las dimensiones: personal, familiar, social y, uno muy importante, política.

## **Buscando la memoria de la representación política de los maestros**

Ante este escenario nada fácil de asimilar, es importante tener presente la siguiente pregunta: ¿Cuál es el papel del maestro en la tarea formativa desde un pensamiento crítico y reflexivo en las instituciones educativas hoy y en referencia a su representación política? El maestro tiene un papel fundamental en los procesos de formación, ya que, como buen pedagogo, debe llevar a su discípulo al encuentro consigo mismo, al sentido por la vida y a su acontecer cotidiano, hasta descubrir los valores ontológicos que lo muevan a ser agente de transformación y cambio en la búsqueda permanente de una sociedad más justa y humana, donde el otro sea el fin para alcanzar mis posibilidades y metas trazadas y no el medio para oprimirlo.

La figura del maestro como representante del saber y del conocimiento es central para toda sociedad. Lo afirma de manera clara el papa Francisco cuando recuerda como:

La comunidad cristiana tiene muchísimos ejemplos de *grandes educadores* que se dedicaron a colmar las carencias de la formación escolar o a fundar escuelas. Pensemos, entre otros, en san Juan Bosco, de quien se celebra este año el bicentenario de su nacimiento. Él aconsejaba a sus sacerdotes: educar con amor. La primera actitud de un educador es el amor. A estas figuras es a quien podéis mirar también vosotros, educadores cristianos, para animar desde dentro una escuela que, prescindiendo de su gestión estatal o no estatal, tiene necesidad de educadores creíbles y testigos de una humanidad madura y completa.  
(Francisco, 2015)

Desde tiempos remotos, el maestro o maestra ha sido uno de los personajes centrales en la historia de la humanidad. Si bien su rol social se hizo preponderante ante el avance de los sistemas de escolaridad mundial con el advenimiento de la modernidad y la industrialización, su figura ha marcado a numerosas sociedades tradicionales que han depositado en su persona la educación de sus hijos durante algunas o largas horas del día. Se hace fundamental comprender, desde la historia, la imagen y el rol social que ha tenido el maestro, el pedagogo y el educador a lo largo del tiempo y en las diversas sociedades y culturas. Lo vemos en la Grecia antigua, en la formación de jóvenes líderes amantes de la verdad y de la transformación de la *polis*, a través de la enseñanza apasionada, llena de sentido de vida, pasión y amor, de Sócrates, Platón y Aristóteles, quienes dieron incluso sus vidas con el fin de proclamar la verdad que transforma al hombre. Platón afirmaba categóricamente en sus discursos: “Donde reina el amor sobran las leyes”, y el fin último estaba centrado en proclamar la verdad que reivindica al hombre a su condición de dignidad y le da el puesto que le corresponde al verdadero educador que transforma conciencias. Es fundamental tener presente que el maestro siempre ha estado en representación de un poder político y sociocultural que le otorga funciones educativas que generalmente refieren saberes y habilidades que la sociedad asume como conocimientos valiosos que tienen que ser comunicados, transmitidos y aprendidos por los estudiantes.

La importancia que denoto lógicamente tiene que verse en la actualidad también a la luz de la condición de marginación social que ocupa el maestro en un gran porcentaje de los países del mundo. El maestro es uno de los profesionales más exigidos y peor pagados en el sistema social contemporáneo. Él es el significante de las formas más sutiles y perversas de explotación. El maestro es el significante

de las grandes contradicciones que constituyen el devenir histórico de las naciones latinoamericanas, cuyos estados y gobiernos les imponen a ellos la ejecución de políticas públicas de todo orden. El maestro tiene que impulsar cátedras ambientales, cátedras de paz, cátedras viales y cátedras de afrocolombianidad. Él o ella ha sido utilizada numerosas veces por gobiernos corruptos para impulsar programas colonialistas, asistencialistas y “progresistas” que viciaron o vienen dañando los hábitos ancestrales de pueblos y naciones cuyas formas organizacionales eran otras a las occidentales. Desde luego, el maestro también ha sido un importante elemento en la civilización de nuestros pueblos, dándole a la palabra civilización su sentido más pleno y valioso y fijándola desde un horizonte que afirma que la educación que toda una sociedad proyecta en el educando tiene condiciones concéntricas, que se irradian desde un núcleo cuya meta es la formación del ser, cuya segunda capa se orienta a la formación y transmisión de conocimientos y cuya tercera capa proyecta habilidades sujetas al saber hacer. Este modelo responde de manera diferenciada a las condiciones ontológicas que cada pueblo, nación, cultura y sociedad busca proyectar y transmitir en el educando. Como todo el mundo sabe, la educación está inserta en una tradición o en un conjunto de tradiciones que tienen que ser empalabradas en las nuevas generaciones. Ese proceso, dada la fuerza de los procesos de globalización, industrialización, modernización y urbanización de la sociedad, es cada vez más contingente. Hoy hay serios problemas en la transmisión de los mejores contenidos de la tradición judeocristiana y grecorromana. Desde mi perspectiva, una de las raíces del problema tiene que ver con el olvido y la pérdida de valores y principios cristianos en las instituciones educativas católicas o de inspiración cristiana. El mensaje del papa san Juan Pablo II era claro en ese sentido:

Queridos hijos e hijas de la Iglesia católica, hermanos y hermanas en la fe: *La educación católica consiste sobre todo en comunicar a Cristo, en coadyuvar a que se forme Cristo en la vida de los demás. Como dice el Concilio Vaticano II, los que han sido bautizados deben hacerse más conscientes cada día del don de la fe recibida, aprender a adorar a Dios Padre en espíritu y en verdad, formándose para vivir según el hombre nuevo en justicia y en la santidad de la verdad.* (Juan Pablo II, 1979)

En palabras de papa San Juan Pablo II, el maestro, educador en la fe, tiene como misión fundamental ser, con Cristo, luz y esperanza en medio del mundo; debe ser promotor de justicia y paz, y ayudar en la construcción del Reino de Dios. En este sentido, la labor del maestro es loable en el fortalecimiento de valores que transforman a la persona y a la sociedad. El maestro debe tener “corazón de apóstol” y transformar, con su ejemplo de vida y amor por su vocación, el entorno de tantos niños, jóvenes y adultos que, en estos tiempos contemporáneos, le

rinden culto a la necrofilia, estado que asesina a la persona, relegándola a objeto de transacción y desarticulando a la familia como institución primera de la sociedad. Se ha matado a Dios, relativizando las verdades eternas y cayendo en un relativismo casi absoluto. La experiencia de orden de nuestras sociedades —ese es el núcleo de la crisis ambiental— está marcada por el sino trágico de sociedades orientadas por la producción y la ganancia, condición que ha matado las esperanzas de vivir y darle sentido a la vida en la construcción permanente de caminos diferentes, orientados por el sueño de un mundo mejor.

Por lo tanto, la noción que afirma que el maestro es un representante del Estado me parece, en el fondo, una concepción peligrosa e ideologizada. Sí, era la respuesta correcta, la respuesta que yo esperaba y que me dieron; se puede decir que está situada en el contexto de lo políticamente correcto; la respuesta incluso estaba históricamente bien situada. Ahora bien, ¿qué se puede esperar de una sociedad que reduce la educación, en el plano de la representación, a la validación de una relación con un ente institucional organizacional cuyos caminos administrativos no defienden siempre la plena realización humana? Advierto que la reflexión que sigue no es para nada anárquica. Simplemente aspira a explorar, conjeturalmente, la figura del maestro en torno a la noción de representación, introduciendo unas formas narrativas que incluyen territoriales, paisajes, ontologías y lecturas epistemológicas que tienen poco uso en los actuales regímenes discursivos y narrativos de la triunfante estandarización cultural centrada en la utilidad de los procesos educativos y pedagógicos, y poco interesada en una fundamentación ontológica o metafísica sobre el problema de la verdad (Yannaras, 2011; 2004).

Debe tenerse en cuenta que, con la aparición de los sistemas nacionales de escolarización ligados al surgimiento burocrático del Estado moderno, en el que la escuela ha estado articulada a un modelo estatal que, por primera vez, con el rey Federico Guillermo I de Prusia (1668-1740), estableció la obligatoriedad escolar. Es decir, en lo político, sociológico y cultural, la escuela moderna, ya sea del pueblo, nueva, laica, confesional, cosmopolita, pública o privada, tiene sus raíces en la organización estatal. Así, la respuesta que daban los estudiantes y que yo mismo promocionaba efectivamente hace del maestro, en este caso yo, el representante del Estado en el aula de clase. Resulta que nosotros, los maestros, sin saberlo, sin ser conscientes de ello, estaríamos representando el poder del Estado. Eso quiere decir que el maestro rural, el urbano, los inspectores educativos y la comunidad educativa de colegios de todo orden, ya sean públicos o privados, estarían representando al Estado con toda su impronta en lo referido a construir estrategias del bien y del mal en la vida de las personas y de la sociedad entera. Esa realidad sociológica no dejó de generarme ansiedad, particularmente si

recordamos que la fuerza domesticadora del Estado está seriamente comprometida con los peores genocidios pasados y presentes en la historia de la humanidad. Y resulta que el Estado colombiano no es la excepción.

Vivimos en ese sistema y estamos condicionados a aceptar a los “dioses plurales” que el Estado moderno nos señala en las voces ideológicas que parece que “todos y todas” debemos atender. Nuestro ser está estatalizado, y la creatividad se reduce a la leve esfera de la invención del maestro, quien no concibe en su mente las redes de poder que se introducen en su aula. La política educativa señala competencias ciudadanas, cuando yo quisiera hablar de competencias personales, comunitarias, relacionales o esenciales. O simplemente no hablar de competencia alguna. Nuestro sistema educativo actual está centrado en la formación de “entes” sin criterio propio, preparados para responder a la sociedad capitalista y deshumanizante, donde lo que cuenta es lo que sabes, presente en pruebas estandarizadas que no responden a la persona, ni mucho menos a la realidad de cada región. En muchos lugares, los estudiantes y los maestros transmiten el conocimiento con las uñas, por falta de recursos que el Estado no tiene o simplemente deja en el olvido. El maestro está limitado para transmitir conocimiento para la formación de individuos sin criterio propio y sin la capacidad de asumir retos ante la vida de sus familias y su comunidad, dejando de lado los sueños que liberan el espíritu y llevan al estudiante por caminos nuevos de liberación que nos permitan hablar de capacidades propias y potencialidades en la búsqueda del bien común, partiendo del reconocimiento del otro como un ser ontológico y trascendente, con quien, caminando a mi lado, construimos sueños y logramos metas inimaginables.

Indistintamente del sistema educativo del que estemos hablando, el maestro sería el representante del Estado. Parece que esa es la proposición correcta: el maestro es el representante del Estado.

El campo de la acción educativa y pedagógica del maestro estaría mediado por las batallas ideológicas que promueven los osarios estatales, cuyos géneros ideológicos distorsionan el verdadero género humano al constituir, dada la normatización iconoclasta que rodea al hecho educativo y pedagógico, un discurso y una narrativa unívoca que frena las posibilidades de expresión de otras historias. Un cuerpo con órganos individualistas, esquemáticos, cuyos poblamientos topográficos, en general, se reducen al mundo de las alegorías, las ideas y la dominancia de la esfera conceptual. La matriz de la modernidad, con la cual la educación personalizada tiene que luchar, es autoritaria y repelente a cualquier principio ontológico y metafísico regulativo. Puedo afirmar categóricamente que la educación actual está fragmentada y que al maestro, en su

posición de representante del Estado en el aula de clase, le es cada vez más difícil la tarea de formar integralmente en las capacidades propias del ser humano que lo lleven al encuentro de la felicidad consigo mismo y con su comunidad. Cada vez vemos más niños y jóvenes agotados por la carga academicista, a veces sin sentido de vida para las realidades personales, familiares y sociales, que solo responden al interés egoísta del Estado en su afán de capitalizar e instrumentalizar a la persona y la sociedad en la búsqueda de sus fines estatales. En estos términos, ni siquiera el maestro es objeto y no medio de liberación para lograr los fines de la persona, la familia y el Estado.

En definitiva, y por creativos que seamos, corremos el riesgo de representar el mundo de la estandarización, los valores de la rentabilidad y la ganancia casi como finalidad de la educación. Me decían los maestros, en tono de broma, que ellos se arrodillarían ante el Estado, pero no ante un crucifijo. Esta ruptura con las tradiciones religiosas establecidas, que ha sido objeto de profundos estudios (Habermas, 1989), define los propósitos, metas y objetivos de los tiempos modernos, que imponen agendas relacionadas con las formas religiosas hegemónicas de partidos políticos y grupos sociales que vienen ejerciendo, con la colaboración de sectores del Estado, procesos de colonialismo cultural y espiritual de nuestros pueblos. Como nos decía Arturo Escobar en un reciente congreso de antropología en Barcelona: “Es más fácil imaginarse el fin del mundo que imaginarse el fin de la modernidad”.

## **Cotidianidad educativa y sentidos soteriológicos**

Y sucedió que, con estas ideas e imágenes no elaboradas en su momento en la mente, un martes, caminando a pagar impuestos, cuentas bancarias y de celular, pasé junto a un jardín infantil. La maestra jugaba con los niños y estos, alegres, saltaban. Yo alcancé a escuchar cuando ella dijo: –A ver, a tocar el cielo. ¿Quién toca el cielo? Los niños respondían saltando y alzando sus brazos: –Yo, yo...

Las palabras de la maestra y los gestos saltarines de los niños siguen resonando en mi ser. Y es precisamente la imagen cosmológica del cielo la que puede corregir el rumbo de nuestra educación, en el sentido de la representación que tiene el maestro. Yo, en lo personal, me niego a ser el representante del Estado neoliberal, marxista y de sus violencias multiplicadas. Pero, ¿qué puedo yo representar? ¿Cuál es la verdadera encarnación y misión del maestro? ¿Existe un camino alternativo al que ha marcado la modernidad y la postmodernidad con sus violencias camufladas de derechos humanos y competencias ciudadanas?

Voy a intentar explicar y justificar, rememorando otras narrativas que nos hablan de otras vías ópticas en la vida de los maestros. Presentaré circularidades

Albertus Magnus

ISSN: 2011-9771 | e-ISSN: 2500-5413 |  <https://doi.org/10.15332/25005413>

Vol. XV N.º 1 | enero-junio de 2024

narrativas antagónicas a los discursos domesticadores de la educación laicista y secularista dominante. Espero que se entienda que el breve relato que introduciré tiene enormes alcances y consecuencias epistemológicas que pueden liberarnos de las ataduras y anclajes positivistas, que moribundos se niegan a morir, dado su anclaje en procedimientos estatales e institucionales que los mantienen vivos. Nuestro sujeto de comprensión viene a ser la narrativa del maestro-símbolo, empalabrado de melodías y fuerzas curativas. Su repertorio es iluminativo, platónico, aristotélico, patrístico y comunitario, fundamentalmente.

La experiencia a la que se alude se refiere a la pregunta central sobre la existencia de cada hombre específico, que hace de él un evento existencial único de orden relacional, desde las tradiciones soteriológicas que reconocen el valor de la otredad y del respeto por la relación y la diferencia. Hablo de una experiencia ligada a las riquezas de la realidad existencial de la persona humana, que, a pesar de los ataques psicoanalíticos, conductistas, marxistas, sistémicos o estructuralistas (véase Evans, 2002), subsiste aún como agente nuclear de la realidad. La argumentación sobre la educación, en su sentido pleno y más profundo, tiene que implicar, vincular y articular la noción-realidad de la persona, cuyo constitutivo teológico establece las bases para el refinamiento de toda cultura y civilización, y sin el cual las culturas simplemente no pueden ser potenciadas en lo referido a vivir el esplendor de la verdad. Vivir el esplendor de la verdad supone que nuestros niños, jóvenes y adultos aprendan a tocar el cielo, saltando con alegría en la búsqueda constante de aquello que aman y van descubriendo a lo largo de su proceso formativo, con la ayuda de maestros ejemplares que motiven e inquieten en la búsqueda constante de la verdad que sobrepasa los límites humanos y va más allá de la realización misma de la persona que vive y se construye en comunidad.

El cielo, en términos teológicos, es la plenitud misma del amor que se evidencia en la contemplación plena de la verdad en el creador “Dios”. Es en la tierra, desde esta perspectiva, que podemos evidenciar chispitas de cielo, cuando cada hombre trabaja por la búsqueda permanente del bien que lo conduce al amor mismo presente en esta realidad temporal. El maestro, al igual que la maestra del jardín, debe motivar a que sus estudiantes salten sin cansancio por alcanzar el cielo con la mejor actitud y disposición liberadora de cualquier sistema opresor que los esclaviza, amarrándolos a esta realidad capitalista y neoliberal que los sujeta a la temporalidad, olvidando que somos seres para la eternidad y la trascendencia. A esta realidad es a la que el maestro debe apuntar.

Debe entenderse y comprenderse que, al afirmar que la representación del maestro, cuyo trabajo es quizás uno de los más importantes que se puedan realizar

en las actuales sociedades globalizadas, tiene una vinculación con las verdades de la co-trascendencia, las relaciones no son del todo reductibles a los marcos normativos del Estado o de ciertas organizaciones empresariales que han reducido la educación a publicidad o a la proyección de competencias empresariales como las fundamentales en las escuelas rurales de Colombia.

### **La ambigua y sentidos existenciales en el acto de educar**

A continuación, introduciré algunos contenidos y argumentos de otras formas de representación que sellan el horizonte de sentido de nuestra labor docente y vital. Me situaré en el archipiélago de mi tradición cultural e intentaré proyectar ideas dirigidas hacia un empalabramiento de la otredad del maestro desde una dimensión relacional que apela a nuestra experiencia eclesial como bautizados. Usaré como texto de inspiración narrativa la obra titulada *\*Ambigua\**, escrita por el Doctor de la Iglesia san Máximo el Confesor (580-662 d.C.). Al hacer referencia a la fuente patristica que inspira el contenido de la reflexión de este texto, apelo a la experiencia de uno de los más importantes filósofos místicos del cristianismo apostólico. La experiencia y el conocimiento de los filósofos místicos cristianos son fundamentales para una narrativa de la realización educativa. Me explico: sin una referencia experiencial marcada por la realización del cristianismo, no se puede comprender plenamente el sentido de la historia. Eric Voegelin (2006) lo explica en *La nueva ciencia de lo político* al afirmar lo siguiente:

La filosofía y el cristianismo dieron al hombre la dimensión que, con eficacia histórica, le permite interpretar el papel de contemplador racional y amo pragmático de una naturaleza que perdió sus terrores demoníacos. Con la misma eficacia histórica, sin embargo, se pusieron límites a la grandeza humana, ya que el cristianismo concentró el demonismo en el peligro permanente de una caída del espíritu – que el hombre solo tiene por gracia de Dios– a la autonomía de su propio ser, del amor Dei al amor sui. El discernimiento de que el hombre en su mera humanidad, sin la fides caritate formata, es una nada demoníaca, es algo que el cristianismo llevó a un punto máximo de claridad que, por tradición, se llama revelación. (Voegelin, 2006, p. 99-100)

Ahora bien, somos conscientes de que un desarrollo argumentativo como el que sigue se enfrenta a un clima cultural marcado por una civilización secularizada cuya institucionalidad política y educativa desestima, ignora y censura la *conditio humana* que introdujo el cristianismo. Espero que esta búsqueda personal sea respetada; ella refiere a una exploración del saber que contiene y expresa mis propias peculiaridades, elementos de mi idiosincrasia, como expresión de mis

garabatos personales, que sin duda exponen y reflejan cierta creatividad riesgosa de los vericuetos de mi propio caminar como maestro. Los pasajes *ambiguos* que siguen pretenden generar una ruptura con la lógica cartesiana y buscan estimar y recordar que el máximo proceso educativo se ha logrado por medio de la filosofía griega y del cristianismo. Si el maestro y la institución educativa buscan avanzar en la relación diferenciada que acontece en toda relación pedagógica, deberán comprender que tienen que moverse, tal como lo postula Voegelin (2006, p. 101) en el horizonte histórico de las experiencias clásicas y cristianas.

En contraposición a los procesos de erosión cultural que marcan la experiencia histórica de una modernidad destripadora de mitos, la estructura narrativa y meta-narrativa que formulamos aspira a ser contemplada desde la lógica del amor y tiene el propósito de inspirar visiones, meditaciones o *insights* en relación con la construcción o florecimiento de relaciones auténticamente pedagógicas y educativas. Sería mejor decir: desde el misterio del Amor. Creo que el misterio del Amor es el único plano que permite, ha permitido y permitirá romper con el individualismo y con la rebelión del hombre hacia lo divino y lo terreno; entendiendo que el amor es la capacidad de entrega generosa al otro, cuyo fin primordial es el encuentro con la verdad misma en donación permanente. El dominio material y epistemológico de la historia y la naturaleza, que está en la base de la lógica cartesiana y que ha tenido como efecto la destrucción ecológica y cultural del hombre, solo podrá fracturarse desde la incorporación de dimensiones antropológicas que proyecten las dimensiones y procesos educativos, políticos y pedagógicos que supongan un conocimiento profundo del ser humano, vinculado a la restauración del simbolismo de lo sagrado en inmersión con lo profano y en diálogo con el mundo y las lógicas de vida. Por lo tanto, los aforismos, a la vez extensos y cortos, que presentaré están para ser leídos, pero fundamentalmente para ser contemplados, complementados y vividos, sin perder la capacidad de admiración, asombro y pregunta que nos es propia como seres racionales capaces de construir el mundo deseado. No poseo la inspiración divina de san Gregorio Nacianceno ni de san Máximo el Confesor. Soy hijo del siglo más violento en la historia de la humanidad, una violencia que nos ha dejado huérfanos y analfabetos de conocimientos ontológicos y metafísicos, a tal punto que hemos caído en un analfabetismo emocional muy elevado y nos hemos vuelto insensibles ante la realidad del dolor del otro, ante las tragedias humanas y, por qué no, ecológicas; también nuestro planeta Tierra se encuentra en cuidados intensivos.

### ***Ambigua 1***

Las relaciones que establece el maestro son inconmensurables. Él no se percató del todo y plenamente del misterio que contiene su actividad docente. Pone en

ejecución fuerzas y potencias que generan historias de vida, proyectando en sus estudiantes, y en él mismo, movimientos existenciales, notas armónicas y melódicas que pueden reflejar la lógica del amor, del conocimiento y de la plenitud personal en la vida de sus estudiantes. El maestro puede, en la vida de sus estudiantes, cuando interpreta las notas adecuadas, hacer posible lo imposible y pensable lo impensable, y ser en la vida de cada uno de ellos un Maestro de Esperanza cuando la sociedad les muestra escenarios de dolor, hambre, guerras, muertes, incredulidad y sin sentido por la vida. El maestro les muestra caminos diferentes para transformar su entorno y hacer que de la roca más seca brote agua viva; todo esto es posible solo desde el lenguaje del amor. Todo esto le exige al maestro su propio movimiento hacia el principio y la entrega incondicionales.

### ***Ambigua 2***

Las verdades del principio incondicional deben ser vividas, contempladas, meditadas y ejecutadas. Hay que hacer distinciones y uniones. Se tiene que distinguir entre discurso y retórica. Hay que distinguir entre habla y lenguaje. Hay que pensar que la educación se refiere a un proceso nutricional que pone en movimiento a la persona humana en el caminar de las verdades del principio incondicionado. Todo lo que hagamos, por perfecto que sea, no agota el potencial creativo del principio incondicionado. El principio incondicionado puede estar presente en nuestras palabras, actos, pensamientos y gestos. Está en potencia en el auditorio de nuestra clase. El principio incondicionado se puede corromper con nuestras acciones y pensamientos. La corrupción se introduce en las formas ideológicas del Estado y sus sistemas de domesticación. Si el principio incondicionado habla de liberación, el Estado habla de domesticación. Las palabras del maestro pueden ser liberadoras, sanadoras o todo lo contrario: pueden generar enfermedad, castración o muerte. Las palabras del maestro son claves en los procesos de liberación si son las adecuadas o mortales cuando lo único que hacen es esclavizar la mente del estudiante al repetir conceptos sin sentido o carentes de calor humano y de vida vivida en contextos reales y concretos.

### ***Ambigua 3***

Los precedentes humanos, por importantes que sean, están siempre lejos del sentido pleno del principio incondicionado. El misterio trinitario se vincula a una experiencia personal y comunitaria que nos liga al mundo de la Tierra, de los hombres y del Cielo. La reminiscencia plena nos lleva a recordar y meditar en la presencia de Cristo maestro, la distinción-uniión entre lo trascendente y lo inmanente. Esa realidad se torna relevante. No puede haber exclusión o separación absoluta. Lo trascendente, como lo inmanente, no puede ser reducido al mundo de las alegorías y las ideas. La educación es fundamentalmente vivencia y experiencia; no puede ser limitada a una idea, una percepción, una concepción o

un gran argumento. El carácter de la educación no puede olvidar las fuentes mitopoeéticas, que no son solo de orden pragmático, útil o lógico. La educación debe dar las herramientas necesarias para que, con ellas, los estudiantes, protagonistas de la acción educadora, aprendan a volar muy alto, con la mirada puesta en el objetivo a alcanzar y las alas bien abiertas para lograr la meta, que volar en comunidad se puede alcanzar, por difícil que sea el tiempo y la circunstancia.

#### ***Ambigua 4***

El maestro de maestros siempre afirmó en sus palabras la importancia de las causas primeras. En dicho discurso, hay que reconocer la posibilidad y realidad de la corrupción. El plano y la dimensión análoga, así como el plano y la dimensión digital, se pueden corromper mediante racionamientos ideológicos que enturbian el mundo de las relaciones visibles e invisibles. No todo puede ser captado por una antropología descriptiva. Se hace necesaria una fundamentación metafísica de la antropología filosófica que esté abierta a la identificación de símbolos y arquetipos. Hay que vivirlos desde el corazón y participar con la gente en sus proyectos de vida. El principio incondicional nos indica los senderos de lo práctico, lo teórico, lo cognitivo y lo metacognitivo. El hábito de la virtud, de los principios y de los conocimientos no se deriva de los planos empíricos; estos trascienden a realidades ontológicas que inspiran al ser humano hacia las realidades eternas que solo pueden ser alcanzadas cuando caminamos atentos a la búsqueda constante de la verdad, que no se limita al elemento meramente práctico y circunstancial; esa búsqueda va más allá y está en sintonía con el despliegue mismo del espíritu, tal como ha sido comprendido en los Padres de la Iglesia. Lo que el maestro tiene en la mente ilumina u oscurece su propio sendero y el de los demás. El maestro solo no puede liberar a un pueblo de la cautividad. De hecho, la liberación pasa por el vínculo con un Principio Absoluto que necesariamente vivifica.

#### ***Ambigua 5***

El maestro puede ser un visionario que hace visionarios, un soñador que forja soñadores y templa el carácter para enfrentar la vida y lo que viene con ella. Él tiene, como sus discípulos o simplemente estudiantes, que estudiar los misterios de los principios incondicionales e ir más allá, superando meramente los procesos cognitivos y buscando siempre la metacognición en sus discípulos. Estos misterios están vivos en la Sagrada Escritura, la vida de los santos, los misterios litúrgicos y sacramentales, la vida del mundo y la naturaleza como obra de Dios. La realidad que comentamos supera toda abstracción en el sentido de reconocer que se está ante realidades encarnadas que superan la lógica abstracta de cualquier sistema filosófico. Los modos existenciales tienen que proyectar un conocimiento referido a las cosas pasadas, presentes y futuras. Su repertorio es infinito: los

años, eones, estaciones, cielo, aire, mar, países, islas, ciudades, templos, montañas, aldeas, caminos, ríos, desiertos, ángeles, demonios, estrellas, animales, piedras, naciones, lenguajes, tribus, clanes, artes... Es tan maravilloso el universo del conocimiento que va más allá, hacia las mansiones eternas, en una unidad perfecta si se logra el objetivo, entre la relación dialéctica de la ciudad terrena y la ciudad divina, parafraseando al gran filósofo y padre de la Iglesia, San Agustín de Hipona.

### ***Ambigua 6***

El maestro anuncia la plenitud de vida y denuncia las condiciones de injusticia; además, el maestro tiene una misión profética. La injusticia, al igual que el ser, se afirma de múltiples maneras. Existen múltiples modos de explicar, comprender, justificar, meditar y contemplar la realidad de su mundo, que, al igual que el mundo de sus estudiantes, tiene muchas líneas, círculos, esferas, contornos, rostros, vacíos, asociaciones, movimientos, manadas, signos, masas, desiertos, devenires... Dios es objeto de observación, adoración y experiencia. No cabe la ló(o)g(í)c(a)/lógica/logia cartesiana. El estrato por recuperar es el del hombre medieval y aquí nos referimos al medioevo europeo, africano y asiático.

### ***Ambigua 7***

El maestro es profeta a tiempo y a destiempo. Denuncia las condiciones de opresión e intenta vivir de acuerdo con las verdades del evangelio, implicando a otros en su sueño y apartándose del engaño seductor de las verdades de los hombres. Huye de las ilusiones humanas, fútiles y abominables. Su ley: la compasión, la misericordia y el amor.

### ***Ambigua 8***

Afirma san Gregorio:

Donde hay purificación, hay también iluminación, y la iluminación es el cumplimiento del anhelo de aquellos que desean lo grandioso, o lo grandioso, algo que está más allá de lo grande (san Máximo, 2014, p. 99).

La purificación, para san Máximo, está dada por las virtudes; la iluminación también está dada por el conocimiento. La iluminación eleva a las personas al entendimiento de Dios y une su deseo al objeto último de su deseo, que es Dios, que, hablando propiamente, es el grandioso, el mayor, el que está más allá de lo más grande. La unidad, la identidad y la singularidad única del maestro operan en los planos ilimitados de la realidad divina, que no está circunscrita a ninguna cantidad, magnitud o extensión espacial.

## ***Ambigua 9***

El maestro es ministro de la palabra sanadora. Su retórica expresa la belleza espléndida de la realidad creada. Sus palabras orientan o desorientan. Sus palabras unen o dividen. Conducen al cielo o a la tierra, liberan el espíritu, que es libre desde su origen, o lo esclavizan a la tierra, sujetándolo a realidades efímeras sin trascendencia alguna y con finitud existente. Las palabras del maestro enseñan cómo habitar la Tierra, preparándonos para el paraíso, cuya distancia puede ser muy corta o lejana. En el plan de vida, hay que hacer próximo lo que se puede sentir o comprender como remoto. Hay que comprender el gran misterio del plano divino. El mayor bien de hombres y mujeres es la unión con Dios. Proceso de vida, ascensos y descensos; el maestro, como mediador del conocimiento y de las verdades eternas, debe ser fuente de vida y amor entre lo terreno y lo divino. Debe ser puerta amplia que permita el ingreso a las verdades que conducen al amor presente en Dios, uno y trino, sin olvidar que este proceso es un camino que se inicia de la mano entre maestro y discípulo, y juntos construyen esta realidad.

### **Las grandes meta-narrativas como camino de liberación de los yugos de Leviatán.**

Los caminos del ser humano confluyen en toda suerte de episodios: unos trágicos, otros cómicos y hasta divertidos. Sin embargo, la representación de la historia humana es tanto ganancia como pérdida. Las grandes narrativas tienen la fuerza de unir todo lo fragmentado; estas narrativas pueden ayudar a restablecer las identidades perdidas, los paraísos olvidados y las tierras marginadas.

Las variaciones narrativas en el seno de los estados neoliberales son muy limitadas. El Estado vigila de manera constante al educador y los trayectos educativos se reducen a consideraciones, en muchos casos, neuróticas, violentas y despóticas. Hay poco espacio para una creatividad primordial que lleve a la persona humana a vivir a plenitud su condición de símbolo sagrado, más aún teniendo presente el inmediatez que existe actualmente en todo el sistema social y en todos los ámbitos de la vida cotidiana: las relaciones de pareja, la familia, la escuela, la empresa, la política... Necesitamos unos símbolos que rompan con el régimen discursivo que no permite una auténtica variación existencial del otro y de lo otro, del cuidado de sí, de la familia y de la naturaleza. No hay aventura, no hay riesgos, no hay sueños por conseguir. Puesto que el significativo Estado se impone en el significado primero de los niños y las personas, viéndolas como objetos y medios para alcanzar fines egoístas y carentes de sentido de persona, de familia y de comunidad; discursos y prácticas

educativas cosificadoras y reductoras del hombre, que desconocen su dignidad y su naturaleza trascendente.

El devenir del Estado moderno cierra a la fuerza las fronteras del territorio. Unos huyen de la desolación y la violencia de sus propios Estados, fascinados por el oropel de otros estados modernos que los alfabetizan en sus mimetizadas violencias. Todo esto puede parecer tontería, vana palabrería, retórica aristotélica intoxicada de burocracia estatal. Tiene un poco de todo. Es un trayecto que capta que hoy todo es masa, cuando lo importante sería captar la posición en el juego del propio sujeto, proyectando su sentido de la existencia como jugador de eternidades, de mundos profanos y sagrados.

Incapaces de hacer manada, en la más pura ortodoxia cristiana, nos hemos inventado, empobreciendo, los juegos del coach y toda suerte de rituales paganos que recrean sacerdocios artificiales, falsos o corrompidos; hasta hemos convertido nuestra creencia en Cristo en un sanandrecito, donde se consiguen las baratijas más “útiles” para salir del momento y al menor precio. Hoy todos somos coach, *gurus* o maestros de las últimas innovaciones pedagógicas sin experimentar. Por ello, dada la reducción existencial de nuestro mundo, hoy dominado por todo tipo de aplicaciones, deben recordarse las palabras de tantos maestros que desde niños nos invitaban a saltar para tocar el cielo. Esa experiencia es absoluta, única y personal. Y nos pertenece a todos. La maestra que invita a saltar y sus niños son el símbolo de la trascendencia perdida, olvidada y mancillada; ojalá no se diga de nosotros: el olvido que seremos... No es fácil introducir el tema de las meta-narrativas en estos tiempos de confusión identitaria, donde todo es relativizado y las verdades eternas han quedado reducidas al mejor postor inmediatista. Para inventar, habrá que regresar al mundo de los parentescos tribales, hoy encarnados en futbolistas e hinchas que adoran las acciones de sus equipos masculinos, donde la empresa guerra sigue siendo en estos un asunto varonil.

Sería un error creer que la narrativa moderna es la expresión hegeliana de los fines más altos de la existencia. Esta narrativa seduce, encanta y cuenta hoy con la máquina de guerra del Estado. Hoy quedan pocas periferias, y quienes están en ellas quieren incorporarse a los fluidos educativos que componen el mundo del maestro-burócrata que responde a los procedimientos de los materiales exteriores. Sería otro error creer que lo interior tiene alguna prevalencia en los sistemas de adoctrinamiento escolares. Es difícil postular un nuevo régimen discursivo bajo las condiciones de aburguesamiento de “todos y todas”. El éxodo, como orden de partida, está cerrado; solo la guerra lo puede abrir. Esa es la tragedia de la existencia humana, condición que nos liga al mundo material de la tierra, cuya faz tiene que ser transformada desde el cuidado del más sabio de los hortelanos: el

*Adam* primordial, el hombre antes de la caída, cuyo correlato tiene sentido en estos tiempos de postrimerías.

Las fronteras están cerradas para las hordas africanas y americanas, pero el paraíso puede estar aquí, en nuestra tierra, en los lotes heredados de ancestros siderales. No tenemos que huir; la conquista es sobre nosotros mismos, los otros, los olvidados. Debemos retomar el apasionamiento por la vida y por quienes hacemos parte de este maravilloso mundo que nos brinda la posibilidad de reconstruir el paraíso soñado y perdido en tiempos de Adán. Para esto, debemos trabajar comprometidos con lo que somos y hacemos, de la mano de maestros valientes que nos permitan crecer en el conocimiento que perdura para la eternidad y no solo para sistemas económicos y políticos marcados por el egoísmo deshumanizante.

El maestro tiene que huir del despotismo estatal. Jugar con el Estado, evangelizar al Estado, diferenciarse del Estado, promoviendo un salir del lugar pueblo o ciudad. El maestro tiene que saltar con sus estudiantes. Todos tenemos que volver a saltar, desplazándonos de un círculo a otro, instalándonos en otras representaciones del mundo que huyan del pensamiento sedentario estatal que viene acabando con los parentescos familiares y encarnando unos órdenes demoníacos y satánicos, cuyo correlato es el colonialismo cultural y espiritual de nuestros pueblos. La burocracia estatal no puede ser la fuerza legitimadora y estructurante de la constitución humana. Ese es un camino de perversión. Lo dijo el maestro de maestros: “Pues dad a César lo que es de César; y lo que es de Dios, a Dios” (Lc. 20:25). El Estado tiene que ser una organización social sometida a la fuerza del control de gremios, familias, iglesias e instituciones naturales que le recuerden a sus administradores, funcionarios y gobernantes que el Estado tiene que estar al servicio de la realización del hombre y no el hombre al servicio del Estado. El Estado tiene que simplificar todo dentro de su trama burocrática. Debe acogerse al principio de la simplificación. El llamado ciudadano está en el derecho de declararle la guerra justa al Estado, siempre y cuando considere que este viola la ley de la naturaleza y la ley de Dios.

### **Capitulación final: caminos de retorno y avance**

He hecho uso de los mínimos nucleares de una narrativa que significa y genera usos sociales fundamentalmente centrados en la realización de la persona humana. El canal comunicativo o código narrativo y semántico utilizado no es el dominante. El discurso interpretativo dominante, ya sea en las voces de la izquierda o la derecha, representa los usos de la violencia óptica, ontológica, epistémica y metafísica del extremo occidente que opera desde el racionalismo

destripador de narrativas de todo orden (Durand, 1968; 1981; Touraine, 2009). En ese contexto, la figura del maestro no está anclada en su genealogía fundamental en el orden estatal. El maestro es un arquetipo cuyo relato se explica a la luz de los símbolos sagrados. Desde luego, los sistemas estatales escolares han corrompido la imagen primordial del maestro. La recuperación de su centro deviene por la vía de las verdades soteriológicas que tienen que vivirse desde la libertad y desde la lógica/misterio del amor. El maestro es promotor de la vida y constructor, junto con los mejores saberes parentales y familiares, del sentido identitario de niños, jóvenes y universitarios. Su saber debe ser personalizado. Sin embargo, una educación personalizada se torna difícil ante la masificación educativa que es promovida fundamentalmente por el Estado.

Las actividades y procesos que los maestros y maestras adelantan en sus usos cotidianos revelan los caminos de la liberación que tienen como misión a todos los hombres. En los juegos, aparentemente más insignificantes, los niños, dadas las indicaciones de sus maestros, están organizando un mundo de posibilidades, formas de vida, sentidos existenciales y cosmogramas políticos, sin los cuales la sociedad en su conjunto no podría florecer. No todo es funesto o calamidad en los sistemas escolares, ya que el maestro, con su saber, proyecta horizontes de sentido y órdenes políticos, cuyos usos, significados, prácticas y actividades tienen el potencial de romper con estandarizaciones culturales que opacan la figura del hombre primordial contenida en los niños y niñas que juegan y que serán, o podrían ser en el futuro, los dioses encarnados que toda sociedad reclama y necesita en sus oficios varios.

La educación, en su sentido pleno, es un misterio, como lo es el signo maestro. El sujeto de la educación también es un misterio. Ese es el sentido contenido en la *Ambigua*, cuyas verdades de expresión refieren profundos contenidos que deben ser vividos desde la participación personal y comunitaria, la cual no puede ser agotada por ningún discurso o práctica social o estatal. La vida educativa, sin la acción y presencia real de lo divino, nos parece inalcanzable en su sentido pleno. Las sentencias de mi *Ambigua* nos lo recuerdan. Con todo, es importante recordar que esos planos referidos no son simplemente de orden intelectual.

Fundamentalmente, la educación y su pedagogía se refieren a una serie de indicaciones que podemos considerar como nutricias, y que indican que la conciencia de la plenitud educativa no está en manos del Estado, ya que, por su origen humano, este es incapaz de sugerir un orden que lleve al ser humano a vivir plenamente el camino de realización personal y comunitaria. La tentación es pensar que el maestro, desprovisto de un principio incondicional, que en nuestra tradición hemos llamado Dios, pueda conducir plenamente el ejercicio de la realización humana. La historia reciente ha demostrado que ni el modelo

materialista capitalista está en capacidad de hacerlo, como tampoco lo puede hacer el materialismo socialista. El maestro, como sus discípulos, se constituye en una obra de arte. Como seres personales, cada uno de ellos, dentro de sus limitaciones, tiene que apropiarse de las energías del principio incondicional; esa condición exige un trabajo constante que, para ser efectivo y no perderse, debe hacerse en el seno de una tradición que tiene que ser conocida y vivida, en proyección hacia el principio fundamento de la existencia de la vida humana.

El maestro tiene que tomar conciencia y estudiar las condiciones culturales que generan las transformaciones al interior del sistema económico capitalista. La opción personal puede ser adoptar un programa cultural abierto a la exploración de las verdades del evangelio o a las formas de adaptación para mantenerse integrados en la sociedad del rendimiento, la eficacia y la seguridad. La subjetividad postmoderna puede condicionarnos a todos a fundamentar nuestro trabajo en textos de autoayuda o de *management* humano. Creo firmemente que la exploración creativa dibujada en este texto nos plantea otro horizonte; se hace necesario un paisaje que supere el pensamiento unitario y unificador y busque unir el espíritu y la naturaleza, superando los dualismos que separan. Como señalaría el maestro González: esperamos haber captado la atención, la crítica y, ¿por qué no?, el sano reconocimiento de nuestros lectores:

¡Qué amarga es la vida de los “solitarios maestros”, amancebados con sus “viejas verdades incomprendidas”! (González, 1941).

## Referencias

- Cárdenas, F. (2010). La ciencia política, ciencia noética del orden. Una mirada crítica sobre su objeto de estudio. En: *Colombia Internacional*. Uniandes.
- Cárdenas, F. (2014). Reconstitución de la antropología política. Heteronomías entre la ciencia política y la antropología. En *Análisis político*. Universidad Nacional de Colombia.
- Durand, G. (1968). *La imaginación simbólica*. Amorrortu.
- Durand, G. (1981). *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Taurus.
- Evans, C. S. (2002). *Preserving the Person*. Regent College Publishing.
- Francisco, papa. (2015). *Discurso del santo padre Francisco a los miembros de la Unión Católica italiana de profesores, dirigentes, educadores y formadores*. Aula Pablo VI Sábado 14 de marzo de 2015.  
[http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/march/documents/papa-francesco\\_20150314\\_uciim.html](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/march/documents/papa-francesco_20150314_uciim.html)
- González, F. (1941). *El maestro de escuela*. Eafit.
- Juan Pablo II, papa. (1983). *Discurso del santo padre Juan Pablo II a los educadores laicos congregados en León*. Leon-Nicaragua. [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1983/march/documents/hf\\_jp-ii\\_spe\\_19830304\\_laici-educatori.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1983/march/documents/hf_jp-ii_spe_19830304_laici-educatori.html)

- Juan Pablo II, papa. (1979). *Mensaje del papa Juan Pablo II a la Asociación Nacional de Educadores Católicos de los Estados Unidos*. El Vaticano.  
[http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1979/april/documents/hf\\_jp-ii\\_spe\\_19790416\\_usa-scuola-catt.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1979/april/documents/hf_jp-ii_spe_19790416_usa-scuola-catt.html)
- Maximos, the Confessor. (2014.) *On difficulties in the church fathers: The Ambigua*. Harvard University Press.
- Moreno, D. (2003). *Enseñar a no saber, ¿un nuevo malestar en la cultura?* En *Nómadas*. Universidad Complutense.
- Sciacca, M. (1961). *La filosofía de hoy*. Luis Miracle.
- Steiner, G. (2011). *Lecciones de los maestros*. Ciruela.
- Touraine, A. (2009). *La mirada social*. Paidós.
- Urciuoli, B. (2018). *The Experience of Neoliberal Education*. Bergahn Books.
- Voegelin, E. (2006), *La nueva ciencia de lo político*. Katz.
- Yannaras, C. (2011). *Relational Ontology*. Holy Cross Press.
- Yannaras, C. (2004). *Postmodern Metaphysics*. Holy Cross Press.